



El rey
campesino **Andrea
Camilleri**

DESTINO

El rey campesino

Andrea
Camilleri

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1516

Título original: *Il re di Girgenti*

© Sellerio Editore, Palermo, 2001

© por la traducción del italiano, Juan Carlos Gentile Vitale, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-233-5847-2

Depósito legal: B. 14.935-2020

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Hoy por hoy, a los Zosimo les iban bien las cosas. Pero dieciséis años antes, cuando estaban recién casados, Gisuè y Filònia se morían de hambre, sufrieron esa hambruna que te hace tragarte el humo de la lámpara. Eran jornaleros, e hijos y nietos de jornaleros, temporeros agrícolas que iban de campo en campo en busca de trabajo según las cosechas. Cuando lo encontraban tenían la suerte de comer durante algunas semanas, por ejemplo, una hogaza con un trozo de queso, una sardina salada o una guarnición de berenjenas. Por la noche, si era verano, dormían al sereno, bajo el cielo estrellado; si era invierno, se refugiaban cuatro o cinco en un pajar o se calentaban mutuamente con el aliento.

Una mañana en que el grupo de temporeros —una treintena de personas entre varones, mujeres, viejos y niños— se estaba desplazando del latifundio Trasatta al latifundio Tumminello, Gisuè y Filònia oyeron una voz lejanísima que se acercaba y se alejaba según soplabla el viento. Parecía la voz de alguien que estuviera a punto de morir. Decía:

«¡Por las almas del purgatorio, salvadme! ¡Socorro! ¡Ayudadme! ¡En nombre de Dios, sacadme de aquí!».

Gisuè dijo a Filònia, que estaba asustada por aquella voz lastimera que le parecía la de un fantasma o un alma condenada, que alcanzara al grupo, que caminara delante de ellos como si no hubiera oído nada, y que no habla-

ra con nadie. Gisuè se encaminó hacia el lugar del que venía la llamada afligida y cada vez más desesperada. Llegó al barranco junto al río Pirrera —que era río solamente cuando le parecía y placía, puesto que durante el resto del año era una grieta, una cicatriz en la tierra— y se dio cuenta de que a media altura, unos quince metros más abajo, se hallaba un hombre que había conseguido detener su caída aferrándose a un arbusto, mientras que su caballo se había roto los huesos una treintena de metros más abajo, sobre las piedras ferrosas y las rocas puntiaguadas y blancuzcas que formaban el lecho del río. Gisuè, a toda prisa, soltó la hoz afilada que tenía atada a la cintura, cortó con golpes violentos una rama de olivo y se hizo un bastón resistente. Volvió a poner la hoz en el cinturón, se quitó el chaleco, lo tiró al suelo y empezó el difícil y peligroso descenso. Si ponía un pie en el vacío, nadie sería capaz de reconocer su carne cristiana de entre los restos del caballo. Tardó una buena media hora en llegar al lado del hombre que se agarraba a la mata con las manos y apoyaba todo el peso de su cuerpo en la punta del pie izquierdo, que había clavado en una raíz saliente. El desventurado, después de tanto gritar, parecía haber perdido la voz. Miraba a su salvador con ojos de corderito huérfano. Era un ricachón, vestido con ropas finas entretejidas de oro, botas de cabrito que debían de costar lo que Gisuè no habría podido ganar en toda su maldita vida, grandes anillos de oro y piedras preciosas en los dedos de las dos manos, una cadena de oro macizo en el cuello con una joya deslumbrante posada sobre el pecho. ¡Virgen santa! A Gisuè le faltó el aliento. Ése no era un hombre de carne y hueso, sino una mina, un hallazgo que les habría solucionado la vida a su familia y a los hijos que aún tenían que concebir durante todos los años que les quedaban. ¡Por Dios, la fortuna le estaba sonriendo! ¡Se volvería rico!

—¡Sálveme! —espetó el hombre con un hilo de voz.
«¡Un carajo!», pensó Gisuè.

Pero no dijo nada, estaba razonando, necesitaba analizar los pros y los contras. ¿Qué era lo más conveniente? Matarlo allí mismo quizá sería un error, no había el espacio necesario para esa maniobra; tal vez aquel desconocido, al recibir los golpes de hoz, soltaba el asidero sin que Gisuè hubiera tenido ocasión de sostenerlo a media altura y el hombre rico se precipitaba al lado del caballo, y acaso también en la caída se perdía la cadena de oro y se desgarraba el traje. ¡Y entonces adiós riqueza! No había otra opción más que armarse de fuerza y paciencia, poner al hombre a salvo y, nada más hallarse fuera del barranco, degollarlo con un golpe de hoz. Pero Gisuè no sabía por dónde empezar, el hombre ya no parecía estar en condiciones de caminar ni de prestar atención. ¿Y si aquel tipo, extenuado como estaba, fallaba el movimiento de un pie y acababan los dos haciendo compañía al caballo? No, no: había que hacer lo que se tenía que hacer allí mismo. Gisuè se aferró a otra mata, descendió un poco y, cuando llegó a la altura de las botas del hombre, cavó con una sola mano un pequeño agujero, un hoyo en el que el hombre pudiera meter un pie, el derecho, que había quedado enredado con la otra pierna. Pero el desconocido debía girar por completo sobre la punta del pie izquierdo y ponerse de cara a la pared. No hubo manera, parecía haberse convertido en una estatua de mármol, no se desplazaba ni un centímetro. Entonces, Gisuè le cogió con fuerza el pie a media altura para meterlo en el agujero.

—¡No! ¡No! —espetó desesperado el hombre apretando los muslos y soltando una voz femenina que a Gisuè le recordó a la de Filònia cuando la desvirgó.

Finalmente consiguió meter en el agujero aquel condenado pie, y el hombre pudo respirar aliviado y distribuir mejor el peso del cuerpo. Ahora Gisuè necesitaba encontrar la posición adecuada que le permitiera mantenerse firme sólo con los pies y tener las manos libres. La encontró después de varios intentos, tras otra media hora

de esfuerzo. Antes de comenzar, hizo un repaso. Con una mano debía sujetar al hombre colgado del barranco y con la otra asestarle un golpe de hoz. De espaldas como estaba, aquel tipo no se daría cuenta de nada. Gisuè empezó a desatar la hoz del cinturón.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Ahí abajo!

Gisuè se quedó helado, desde luego ésa era la voz de Dios, del Señor, que le reprochaba el pecado, el homicidio que estaba a punto de cometer. Pero de inmediato le vino otro pensamiento a la cabeza, y esta vez de rabia:

«Pero ¿cómo es posible que Dios, Nuestro Señor, con todas las cosas que tiene que hacer en el universo, venga a tocarme los cojones precisamente a mí? ».

—¡Eh! ¡Vosotros, allá abajo, mirad hacia arriba!

Gisuè levantó despacio la cabeza. Había una veintena de cabezas en la cima del barranco, de entre las que sobresalía una cara que les estaba hablando:

—Mantenga quieto al príncipe. No haga ningún movimiento brusco. Bajamos nosotros enseguida.

Blasfemando contra la fatalidad que le había acontecido —tener un tesoro al alcance de la mano y perderlo—, Gisuè obedeció. Su nariz estaba a la altura del culo del príncipe, y comprendió que su majestad se había cagado de miedo. No se lo podía creer: es verdad que todas las criaturas de la tierra hacen sus necesidades, pero ¿cómo era posible que la mierda de un noble apestara más que la de un pobre desgraciado?

Llegó a la cima del barranco muerto de cansancio. Nadie lo había ayudado en la subida, la veintena de cristianos atareados con cuerdas y aparejos se había agrupado en torno al príncipe. A él no le habían dicho ni mu. Se consoló pensando que, cuando todos se hubieran marchado, descendería el barranco y recuperaría los arreos del caballo despenado, que, incluso a tanta distancia, le pareció

que sería algo gracias a lo cual podría vivir feliz y contento durante bastantes años.

El príncipe estaba sentado en el suelo, un miembro de su séquito se había puesto a cuatro patas detrás del noble, para que su majestad pudiera apoyarse en él cómodamente; otro, agachado delante de él, le hacía oler el aroma de una botellita, y un tercero le daba de beber de un frascito envuelto en terciopelo de color violeta.

Al lado, a su derecha, con los brazos cruzados, se hallaba un hombre largo y enjuto, todo vestido de negro, aún más cargado de oro y piedras preciosas que el príncipe. Habían traído una litera, ya que una carroza en aquella loma habría volcado, y tampoco parecía factible ofrecerle un caballo al príncipe. De hecho, cuando su majestad se levantó no se aguantaba de pie, y dos criados tuvieron que sostenerlo. Pero no parecía que fuera algo grave, sólo cojeaba.

—Que alguien baje al barranco y recupere los arneses del caballo —ordenó en cuanto recobró el color y el aliento.

Sin embargo, Gisuè encontró otra manera de consolarse: cuando se fueran todos, bajaría y le cortarían un buen muslo al caballo.

—Después —continuó el señor príncipe—, que otro sirviente asegure el cadáver del animal y lo lleve a la villa.

Gisuè ya no encontró nada con qué consolarse.

—Tú, ven aquí.

Gisuè se acercó, asustado, pues parecía que el príncipe lo miraba enfadado. ¿Quizá se había percatado de su intención de matarlo y de coger todo el oro que llevaba encima?

—¿Cómo te llamas?

—Gisuè Zosimo.

—¿Y cuál es el nombre?

—Gisuè.

—¿Qué haces?

—No hago nada, excelencia. ¿Qué estoy haciendo? Nada. Su excelencia me llamó y yo vine hacia aquí.

—No digo ahora, burro. ¿Trabajas?

—Sí, siempre que puedo. Mañana empezamos a trabajar en el latifundio Tumminello, hay que recolectar las olivas.

—Está bien, vete. Te mandaré llamar.

Gisuè se inclinó para coger el chaleco y se fue corriendo. Le había impresionado mucho el otro hombre, el largo y enjuto, que no había dicho palabra pero que lo había escudriñado centímetro a centímetro, como si considerase cuánto podía valer en el mercado un kilo de su carne. Los ricos eran capaces de cualquier cosa.

Al finalizar la jornada de trabajo, mientras el grupo dormía, Gisuè le contó a Filònia todo lo sucedido, y también le confesó que había sentido la tentación de matar al hombre que se había despeñado, el príncipe ricachón.

—Hiciste mal en no hacerlo —dijo Filònia, que era una mujer de ideas claras—. Tanto es así que el príncipe no te dio ni un tarín por haberle salvado la vida. Si le hubieras dado un golpe de hoz enseguida, a esta hora seríamos ricos. Se ve que el Señor quería que fuera así.

—Pero dijo que me mandaría llamar.

—¿Y tú crees en la palabra de un rico?

Pero Filònia se equivocaba. En la mañana del tercer día tras el encuentro, se presentó el guardia del latifundio Trasatta, don Aneto Purpigno.

—Gisuè, ven aquí.

Le explicó que el señor y príncipe quería verlo a la mañana siguiente. Le pagaría el trabajo perdido.

—¿Usted vendrá conmigo, don Anè? —preguntó Gisuè.

—No, vas a ir tú solo —dijo el guardia Purpigno mirando a Filònia, que le encendía la sangre—. Yo me quedaré aquí.

—Pero ¿quién me enseñará el camino hacia la villa del príncipe?

—Te lo enseñará mi animal —espetó el guardia bajando del caballo—. Cuando hayas regresado, vendré a recogerlo.

En el patio de la villa, que cultivándolo podría dar de comer a cinco familias, un criado se hizo cargo del caballo, que hacía ya tres horas que caminaba. En el portón apareció otro criado con un chaleco todo bordado que le llegaba hasta la mitad del muslo. Calzaba unas babuchas con tacones de un palmo y medio y estaba en equilibrio sobre ellas. Gisuè no se impresionó: era un sirviente, seguramente más importante que aquel que le había cogido el caballo, pero un sirviente al fin y al cabo.

—¿Usted es Gisuè? —preguntó torciendo la boca como si estuviera viendo algo asqueroso—. ¿Sí? Pase, el señor príncipe lo espera. Suba la escalinata y entre en el salón; enfrente hay una puerta, siempre recto hay una sala y después está el dormitorio del señor príncipe.

La escalinata, que parecía hecha para gigantes, era totalmente de mármol y muy fría. Gisuè llevaba los pies cubiertos de greda desde que había empezado a caminar. Aunque su piel era gruesa a causa de los callos, ya que nunca había usado zapatos, primero se le enfriaron los pies y luego se le helaron. Gisuè entró en el salón al mismo tiempo que soltaba un estornudo que atronó y le hizo lagrimear los ojos. Sintió que los mocos le chorreaban por las fosas nasales y entonces se limpió la nariz apretándola entre dos dedos y soplando con fuerza: los mocos cayeron en parte en el suelo y en parte en la mano, y Gisuè se la secó frotándola contra los pantalones. Pero se detuvo de golpe. A la izquierda, en un rincón, había una mujer que, completamente desnuda, sin un centímetro de ropa que le cubriera el cuerpo, ocultaba los pechos con un brazo y las partes íntimas con una mano. Esa mujer,

tan seguro como la muerte, era la mujer del príncipe, que se acababa de levantar de la cama y paseaba desnuda creyendo que no había nadie más.

Gisuè le dio la espalda y salió del salón, aterrorizado por que lo apalearan, dado que había mirado a la princesa desnuda. Esperó un poco y después, cuando estimó que la princesa había tenido tiempo de volver a sus aposentos, asomó despacio la cabeza. Sin embargo, la mujer no se había movido, estaba en la misma posición. Gisuè la escudriñó: era blanca como la muerte, quizá el príncipe la había hecho embalsamar. Giró la cabeza y vio a otra mujer totalmente desnuda, y ésta, la muy descarada, ni siquiera se cubría, se hallaba con los pechos y las partes al descubierto. Gisuè empezó a correr y al final llegó a la otra sala. No había nada, ni una silla. En la pared de enfrente vio cuatro puertas, todas cerradas.

Se armó de paciencia, se acercó a la primera puerta de la derecha, levantó el puño y golpeó con fuerza. Se hizo daño, pues no era madera sino un muro. Retrocedió dos pasos: la puerta estaba y al mismo tiempo no estaba. Estaba, en cuanto que se presentaba como puerta; no estaba en cuanto que no estaba. ¡Mierda! Era algo preparado para tomarle el pelo a la gente. Se acercó a la segunda y, con prudencia, golpeó con la mano izquierda. Lo mismo, también ésta era un muro. Y lo mismo sucedía con la tercera y con la cuarta. ¿Por dónde se entraba?

«Ahora mismo bajo, hago subir al criado a patadas y lo obligo a que me diga cuál es la verdadera entrada», pensó Gisuè.

Se dio la vuelta y vio que el mayordomo estaba en la puerta del salón.

—Se equivoca —dijo, fresco como una rosa—. La puerta está allí.

Y señaló el muro de la izquierda. ¿Qué puerta? La pared estaba toda pintada de blanco. Ante semejante ambigüedad, Gisuè se enfadó y miró fijamente al sirviente, sin moverse. El criado intuyó las malas intenciones de su

invitado y entonces se movió: llegó justo al centro de la pared y la golpeó. Gisuè oyó ruido de madera.

—Ha llegado Gisuè, excelencia.

—Hazlo entrar.

El mayordomo apoyó una mano en la pared y empujó. Se abrió una puerta blanca como el muro, diseñada para que nadie la viera cuando permaneciera cerrada.

—Entre —dijo inclinándose hasta el suelo.

Era una burla, un escarnio, pero Gisuè fingió que la inclinación le correspondía.

Nada más entrar, lo primero que vio fue una gran cama con el baldaquín abierto, una cama tan grande que podían reposar cómodamente tres maridos y tres mujeres.

—Beso sus manos, vucencia —dijo Gisuè, inclinándose. Estaba haciendo todo lo que la tarde anterior le había enseñado el tío Casio Lippo, que en su juventud había sido un hombre de mundo.

—Te saludo, burro —dijo una voz a sus espaldas.

Gisuè se giró de golpe. Era un hechizo, sin duda. Ahora veía otra cama tan grande como la primera, y en medio de ésta estaba acostado un príncipe exactamente igual al otro. ¿Querían que enloqueciera en aquella casa? El príncipe comprendió el susto de Gisuè.

—Vuélvete despacio —ordenó.

Gisuè se dio la vuelta y vio la misma cama con el mismo príncipe.

—Es un espejo, burro.

Gisuè nunca había oído esa palabra. Conocía, en cambio, la palabra *esperma*, que era el líquido denso donde estaba la semilla del hombre. ¿Era posible que el esperma se pudiera convertir en un gran espejo que decía cómo estaba hecho el hombre? Por fortuna, el príncipe le aclaró la duda.

—¿Te has visto alguna vez reflejado en el agua helada?

—Sí, una vez. Tenía diez años. En un pueblo llamado Cammarata. Hacía un frío que cortaba los huesos.

—Muy bien. Imagina que el espejo está hecho de agua helada.

Entonces a Gisuè le vino a la memoria aquella ocasión en que, siendo un niño de diez años, se había divertido mirando el reflejo de su cara. También esta vez, delante del espejo, Gisuè puso los ojos bizcos, y rio. Puso morros, apretando y adelantando los labios, y rio. Puso una mano haciendo cuernos sobre la frente, y rio.

—Oh, animal gracioso y benigno —espetó el príncipe.

—¿Me habla a mí?

—Olvídalo —dijo el príncipe empezando a levantarse de la cama.

»¿Tienes hambre?

—Un poco, excelencia. La caminata con el caballo ha sido larga.

El príncipe batió las manos. No había transcurrido ni un segundo cuando se abrió una puerta que antes Gisuè no había visto. Apareció un sirviente cubierto de oro, pequeño y muy afectado.

—Éste es Cocò, mi ayuda de cámara. Vale lo que pesa en oro. Tiene un solo defecto, si se lo puede llamar así: de vez en cuando le gusta hacer de mujer.

Gisuè no entendió nada, salvo que ese hombre se llamaba Cocò.

—Dile a Monzù Filibert que me haga servir el medio cabrito que no me comí ayer por la noche. Trae también una jarra de buen vino.

Antes de que Cocò saliera, el príncipe le acarició el trasero, y Cocò miró a Gisuè con una sonrisa recatada.

—¿Sabes quién soy?

—Sí, señor —respondió Gisuè, que tenía buena memoria y recordaba las palabras del tío Casio—. Su excelencia es el príncipe don Filippo Pensabene di Baucina, dueño de los latifundios Trasatta, Tumminello, Argirò y Ponentino.

—Te equivocas. Me sigo llamando igual, pero ya no

tengo mis latifundios. Es más, ya no tengo nada. Ni siquiera esta casa, ni siquiera esta cama.

—¿Lo dice en serio? ¿Y cómo perdió las riquezas?

—Con las cartas.

—¡Ay, las cartas! ¡Son la ruina de la gente!

—¿Y tú qué sabes, burro?

—Me lo contó el tío Casio. El tío Casio dice que es mejor recibir una cuchillada que una carta de un abogado.

—¡No! —espetó el príncipe riendo—. Yo quería decir las cartas de jugar. Durante quince días y quince noches he jugado con el duque Sebastiano Vanasco Pes y Pes, que era ese hombre vestido de negro que viste cuando me salvaste del precipicio. Y siempre perdí. No había nada que hacer, podía cambiar el juego, de la brisca, con la variante del bezigue o sin ella, a la bestia, con la variante de las cuatro cartas o sin ella; del faraón a las tablas reales; del sacaneco a la malilla a dos, y así de forma sucesiva, la suerte siempre me era adversa. La noche antes de que me salvaras perdí también esta casa. Magnánimamente, el duque me concedió que me quedara en ella siete días más. ¿Y sabes algo? Ese cornudo siempre me había timado. Lo comprendí de pronto cuando cabalgábamos juntos para que se nos pasara el cansancio. Pero yo no podía hacer nada. Él había ganado.

—¿Cómo, excelencia? ¡Me parece haber entendido que el duque lo timó! ¡Recurra a la ley!

—¡La ley! ¿Tú sabes quién manda en Sicilia?

—El rey de España.

—Sí, pero el rey está en España y aquí se encuentra su virrey, cuya hija, Isabella, bellísima, está casada precisamente con el duque Pes y Pes. ¿Me he explicado?

—Sí, señor. De una manera o de otra, vucencia está siempre jodido.

—Y esa mañana, nada más comprender el sistema del duque para timarme, encontré también la solución a mis futuras penas. Espoleé el caballo y me arrojé al precipicio.

Gisùè tardó medio minuto en entender lo que había dicho el príncipe. Luego levantó los brazos y abrió la boca, asumiendo la posición de esa figura del belén que se llama «el espantado». Una postura errónea en aquel momento, ya que la barriga de Gisùè quedó al descubierto y recibió el potente puntapié que el príncipe, que oportunamente se había puesto las botas, le asestó.

Gisùè cayó de rodillas, encorvado, sujetándose la barriga con las dos manos. Y fue otra posición equivocada, porque el príncipe, sujetando un largo calzador de cuero y hueso, empezó a azotarle los hombros, vociferando de rabia.

—¡Pero si fue vucencia quien pidió ayuda! ¿Qué culpa tengo yo? —consiguió decir Gisùè en medio de los golpes que le marcaban las carnes.

—¡Claro que pedía ayuda, bestia ignorante! ¡Fue por instinto! ¡Gritaba porque me había aferrado instintivamente a esa mata! ¡El hombre, cuando decide matarse, debe llegar de inmediato a la muerte, de otro modo todo el cuerpo, si esa decisión encuentra obstáculos, se vuelve recalcitrante, como un caballo!

El discurso fue largo, y por eso largos fueron los golpes que el príncipe siguió dándole mientras hablaba. Gisùè resolvió mantener cerrada la boca, puesto que nunca habría tenido razón, como le sucedía al príncipe mismo con el duque Pes y Pes. Al fin, su majestad se cansó y se arrojó exhausto sobre un sillón. Gisùè sentía un fuego infernal en la gran llaga en que se habían convertido sus hombros.

—¿Quieres que te siga agradeciendo? —preguntó el príncipe.

—No, señor, con lo que me ha agradecido me basta y me sobra.

Golpearon a la puerta. Entró Cocò y comenzó a preparar la mesa junto a la ventana. La cubrió con un mantel tan blanco como el alma santa de un niño muerto recién nacido, y puso encima una bandeja de plata, una

copa de plata, un jarro de plata y un cuchillo también de plata. Todo reluciente. Por último, colocó una vasija, naturalmente de plata, llena de agua.

«¿Y qué hago ahora con todo esto?», se preguntó Gisuè preocupado.

Golpearon a la puerta de nuevo. Esta vez entró un hombretón, con unos bigotes tan grandes que parecían las ramas de un árbol, todo vestido de blanco, un delantal blanco y un sombrero también blanco en forma de champiñón. En la palma de la mano levantada tenía una gran bandeja de plata, con medio cabrito y patatas al horno. Gisuè notó que le llegaba ese olor a las fosas nasales y le pareció que el dolor de espalda se le estaba pasando.

—*Bien levé, monsieur le Prince. Voilà!* —espetó el hombre vestido de blanco.

—*Merci*, monsieur Filibert.

Monzù Filibert posó la bandeja sobre la mesita.

—*Qu'y a-t-il à déjeuner?* —preguntó el príncipe a Monzù.

«¡Claro que quieres ayunar! —pensó Gisuè—. ¡Con semejante desventura!»

Entonces, Monzù empezó a recitarle una letanía, pero Gisuè enseguida se dio cuenta de que no era una letanía, sino la lista de las cosas que Monzù había dispuesto para la comida del príncipe. Tal vez se la indicaba en la extraña lengua en la que hablaban.

«¡Joder! —se dijo Gisuè—. ¡A mí también me gustaría ayunar así!»

El príncipe despidió a Monzù, que salió con una inclinación tan exagerada que por momentos parecía que fuera a golpear la frente contra el suelo.

Ni Cocò ni Monzù Filibert habían prestado atención a Gisuè, que aún estaba arrodillado y con los hombros sangrando.

—Acompáñame al baño —dijo el príncipe a Cocò, levantándose lentamente.

Cocò se precipitó y le ofreció el brazo. Gisuè prefirió

quedarse de rodillas. No es que no pudiera ponerse de pie, podría estar perfectamente erguido puesto que era un hombre robusto y fuerte, pero quedándose así tal vez le daba pena y se ahorraaba otras eventuales palizas.

El príncipe y el criado desaparecieron detrás de una puerta. Poco después, Cocò volvió solo.

—El príncipe ha dicho que usted puede comer. Levántese.

Le tendió las manos. Gisuè se agarró a ellas y se levantó.

—Déjeme ver cómo se encuentra —espetó Cocò, poniéndose a sus espaldas—. ¡Por Dios! ¡Ese bruto del príncipe le ha hecho daño! Quítese la camisa.

Gisuè se la quitó, aunque ya no era una camisa, sino más bien un trozo de tela destrozado del que sólo quedaban el pecho y las mangas.

Cocò corrió al armario, lo abrió y de un cajón sacó dos pañuelos de seda. Después se dirigió a la cómoda y de allí cogió un vasito de crema. Le esparció la crema con delicadeza y luego se la secó con los pañuelos mientras murmuraba:

—¡Mira cómo ha dejado ese bruto estos bellos hombros! ¡Tan sólidos! ¡Tan musculosos! ¡Ah, qué pecado estropear así la gracia de Dios!

Entre las manos femeninas de Cocò y la crema que le estaba untando, Gisuè se sintió totalmente nuevo. Luego, Cocò lo guio a la mesa. Como esa paliza le habían dado mucha sed, Gisuè cogió la vasija con el agua para beberla entera. Cocò se la quitó enseguida de las manos.

—¡Ésta es para lavarse, tonto!

Y le vertió el vino del jarro en la copa. Incluso cuando el príncipe volvió del baño, recién lavado y perfumado, Gisuè no paró de comer y trinchar. En cuanto acabó, se dio cuenta de que el príncipe ya estaba vestido del todo y que esperaba sentado delante de él.

—Dale una de mis camisas —dijo el príncipe a Cocò.

El sirviente sacó del armario una camisa de seda y,

mientras ayudaba a Gisuè a ponérsela, le pasó las manos sobre el pecho.

—¿Ha visto, señor príncipe, qué vello? ¡Parecen tallos de agave!

—Vete —ordenó el príncipe.

Y Cocò se marchó.

—Siéntate.

Gisuè se sentó.

—Hablemos de hombre a hombre —dijo el príncipe mirándolo a los ojos—. Sólo me quedan cuatro días. Y tú debes ayudarme a morir.